



Vista del conjunto escultórico valleinclanesco ubicado en la Praza do Parque de Vilanova de Arousa. Abajo, Mari Gaila y Laureaniño.

TEXTO: SALVADOR RODRÍGUEZ
TEXTO: J. L. OUBINA

No podía sospechar Lucas que, cuando en México le presentaron a Gabriel García Márquez —momento que aprovechó para que el Nobel le firmase sus ejemplares raídos de “Crónica de una muerte anunciada” y “El amor en los tiempos del cólera— un día, años y canas después, sentado frente a su propia obra, recordaría el tramo de una conversación que debió sonar algo así como:

—¿Y de dónde es usted?
—De España
—¿De qué parte de España?

—Pues de Galicia.
—¿Caramba, de Galicia!
De la tierra de Valle Inclán.

“Pues sí—nos cuenta Miguez— García Márquez me confesó que Valle Inclán era un autor que había leído muchísimo, al punto de reconocer en él a uno de los referentes literarios que más le influyeron”.

Hace aproximadamente un año, desde la Mancomunidad do Salnés se convocó un concurso para erigir un conjunto artístico de esculturas basadas en personajes de Valle Inclán, y entonces Lucas remitió un esbozo de maquetas realizadas según el dictado de la memoria de sus años de adolescencia, cuando “gracias a mi padre, que era

► Cincos piezas, otros tantos libros, diez personajes: mil trescientos quilos de Valle Inclán esculpidos en bronce, presididos por la mirada paterna del propio don Ramón, han emergido de la ficción para tomar la Praza do Parque de Vilanova de Arousa. Es el resultado del trabajo realizado por el escultor Lucas Miguez...y también de sus lecturas.

Criaturas de don Ramón

un gran lector, me leí algunas de las obras de Valle, porque me gustaba mucho. La verdad es que no esperaba que eligiesen todas mis maquetas pero, al cabo de unos meses, mientras estaba en Texas trabajando, me llegó la carta aceptando mi proyecto entero”.

Antes de meterse en materia, el escultor de Mos tuvo que regresar a “Luces de Bohemia”, a “Divinas palabras”, a “Sonata de otoño”, a “El Marqués de Bradomin” y, de paso, tropezarse con una pieza de teatro

infantil que desconocía: “La cabeza del dragón”. “Sí— dice— me volví a leer casi toda la obra completa de Valle Inclán. Claro que, esta vez, de otra manera, tomando notas y, sobre todo, muy atento a aquellos pasajes en los que describe físicamente a sus personajes, cosa que me costó bastante, porque Valle no es de los que describe de un tirón, sino que va ofreciendo datos a



UN JUSTO PARTO DE... NUEVE MESES. En julio de 2006 comenzó la elaboración material de este conjunto escultórico, algunos de cuyos instantes observamos en la secuencia fotográfica de esta página y la siguiente, con imágenes de Lucas Miguez y sus ayudantes.



medida que avanza la trama. A pesar de ello, tengo que confesar que también en esta ocasión disfruté con la lectura, y descubrí detalles que me habían pasado desapercibidos antes. Mi método consistió en que, a medida que iba leyendo, me iba imaginando el personaje, empapándome de todos y cada uno de ellos, y, al mismo tiempo, adoptándolos a mi particular manera de trabajar, de hacer escultura”.

La selección final efectuada por Miguez no se basó únicamente en sus preferencias, sino más bien en la factibilidad: “Yo, por ejemplo, había elegido a Tirano Banderas, pero cuando comencé a trabajar decidimos dejarlo, porque no era un personaje gallego. También me quedó pena por haber tenido que dejar fuera a Manuel de Montenegro, el de las *Comedias Bárbaras*, porque es un tipo que me atrae muchísimo, que me fascina, a tal punto que espero esculpirlo algún día.”

En cinco piezas, el conjunto escultórico hoguano radicado en el Parque de Vilanova —provisionalmente, pues será trasladado a las dependencias del Museo Valle Inclán— incluye a Max Estrella y Don Latino (“*Luces de bohemia*”), Lucero (con su astuto perro), Mari Gaila y Laureaniño (“*Divinas palabras*”), el Marqués de Bradomin (de la obra del mismo título y de “*Sonatas*”) y el Príncipe de Verdemar, acompañado por el dragón y un gnomo, todos ellos pertenecientes a “*La cabeza del dragón*”. Estos últimos son las tres únicas concesiones a la fantasía que se permitió Lucas Miguez “porque es todo un prototipo cuento de hadas en el que, para obtener la mano de una princesa, el héroe tiene que abatir a un dragón”.

GENTE CERCANA

Para el resto, el escultor se desafió a sí mismo bajo una máxima: “Había que seguir las directrices de lo que había escrito Valle en cuanto a rasgos físicos, sí, pero yo consideré también que era de todo punto preciso realizar retratos anímicos que, además, pudiesen llegar muy fácilmente a la gente, tal y como lo conseguía hacer él con sus personajes, porque para mí si hay una característica muy especial en la que destaca sobre las demás esa es su profundo conocimiento de la condición humana, ahí reside uno de sus secretos: todos sus personajes nos suenan, nos resultan muy cercanos, y ese fue un reto personal que yo también quise



De izquierda a derecha: el Príncipe Verdemar, el marqués de Bradomin y Lucero con su perro (el décimo personaje).

afrontar”, nos desvela el artista.

Esa fue, sin duda, una dificultad añadida porque, tal y como señala Miguez, “Valle rara vez crea estereotipos, ni gente de un sólo trazo; todos sus personajes tienen dos caras, una buena y otra mala, esto es, como en el fondo somos los seres humanos, y por eso nos *llegan* tanto, porque nos reconoce-

“Además de seguir al pie de la letra la descripción física, quise también hacer retratos anímicos”



TAMAÑO NATURAL...DE SER HUMANO Todas las figuras que constituyen este conjunto escultórico son de tamaño natural. “como las personas” aclara Lucas. Esta era una de las exigencias del concurso de adjudicación, por eso su asentamiento actual contrasta con el tamaño de la escultura de Ramón del Valle Inclán.



Un momento del proceso de gestación de uno de los personajes de Valle Inclán recreados por el escultor gallego Lucas Miguez.



mos en ellos”.

También procuró el escultor mosense, que actualmente reside en Meis, huir del influjo del cine e incluso del teatro: “A mí —confiesa— hasta me me recomendaron que viese *Divinas palabras*, pero no quise que pasara que, a lo mejor, mi Mari Gaila se

pareciese en algo a Ana Belén. Podré haberme equivocado o no, pero las apariencias de todos estos personajes son cosa mía, de mi pensamiento y de mi imaginación; es lo que yo personalmente he extraído de las lecturas de Valle Inclán”.

De cada uno de los personajes retratados podría referir Lucas alguna anécdota surgida durante su proceso de elaboración. Así, el escultor tenía previsto que el marqués de Bradomín llevase bastón, tal y como lo describe su creador, “pero me recomendaron que no lo hiciese, porque lo más

seguro es que alguien se lo acabaría llevando como recuerdo para su casa”.

Por su parte, Max Estrella aparece acompañado por Don Latino “porque yo no los concebía a ambos por separado, así que configuré la escena final de la obra”; y, en cuanto a Mari Gaila, además de lo ya dicho sobre evitar todo parecido con Ana Belén, “el cuerpo me pedía esculpir a una mujer poderosa, fuerte, exuberante, una mujer de bandera, impresionante de apariencia física pero, claro, tuve muy en cuenta que los cánones de belleza de hoy en día no son los mismos que había en la época de Valle, así que preferí adaptarme a los tiempos actuales y me ha salido una campesina pero que muy guapa ¿no te parece?”.

—¿Y qué me dice de los rostros? ¿No habrá aprovechado para esculpir a algún familiar o amigo suyo?

—¡Ja, ja! Pues, no. Al margen del dictado del autor, me dejé llevar porque... ¿sabes? Yo soy de los que más o menos tengo una idea de cómo empiezo una obra, pero nunca de cómo la termino. Igual te pasa a ti lo mismo cuando escribas esto...

“No vi *Divinas palabras* porque igual me influía y al final salía una Mari Gaila con cara de Ana Belén”

El gallego que se enamoró de una china y acabó en Texas

No resulta descabellado pergeñar que, si don Ramón hubiese conocido a Lucas (de nombre original, Olimpio) es más que probable que lo hubiese incorporado a una de sus obras, porque a fe que este hombre ha tenido una vida de película, por más que él, modestamente, alegue que “bueno, las cosas fueron pasando y, pues mira, al final me he tirado casi cuarenta años de mi vida fuera de Galicia, por eso en el año 2001 decidí que ya era hora de volver para reasentarme definitivamente aquí”. Lucas/Olimpio se marchó por primera vez de casa a los diecinueve años de edad “porque no quería estudiar y además me cabré con mi padre”. Su cabreo le condujo a Alemania, donde trabajó en lo que pudo y le ofrecieron. Dos años más tarde, regresó con las ideas más claras: “Como creía que dibujaba bien —refiere— decidí hacer Bellas Artes, así que, para preparar mi ingreso, me matriculé primero en la Escuela de Artes y Oficios de Vigo, donde tuve por compañeros y amigos a los hermanos Cándido y Silverio Rivas, y al también pintor Santiago Montes”.

Tras superar el examen de ingreso, se matriculó en la Facultad, y allí enfermó de amores con la que sería su esposa, una china de Taiwán, “a donde me trasladé porque ella, en pleno ataque de morriña, quería que nuestro primer hijo naciese en su tierra. Yo me fui con la idea de estar tres meses, pero me quedé cinco años”.

En Taiwán, y dando rienda suelta a su vocación de dibujante, colaboró para un periódico haciendo tiras cómicas, hasta que, por mediación de un amigo, entró en una empresa fabricante de porcelanas:

“Me vino muy bien, porque allí cobraba un sueldo decente por un trabajo que, la verdad, a mí no me parecía nada difícil. Pero, claro, lo que no podía prever era que aquel trabajo iba a significar el inicio de una vida tan nómada como la que he llevado”. Y tanto. Aconteció que la empresa que le había contratado creció y creció,

abriendo sucursales por medio mundo, de manera que, progresivamente, el gallego de Mos fue viviendo en Japón, Corea, Malasia, Tailandia, México, Honduras, Estados Unidos... y no paró hasta que, más o menos, en Texas consiguió radicarse de una manera estable y donde, todavía, conserva su segundo hogar, aparte del de Meis.

No debe extrañar que a Lucas le haya causado una especial emoción hacer este conjunto escultórico valleinclanesco, que a partir de ahora será su obra más conocida en Galicia, aunque tenga otro del que se siente muy orgulloso: el de la iglesia del Sagrado Corazón, en Pontevedra: “Lo hice hace ya treinta años y pasó totalmen-

te desapercibido pero, fíjate, todavía me gusta, cosa rara en mí, ja, ja!”.

